

## El homenaje de la prensa ante el fallecimiento del director de «Atenea» don Domingo Melfi

En todos los diarios de Santiago, sin distinción de colores políticos y dejando a un lado todas aquellas beligerancias que las luchas ideológicas a que la existencia del hombre se ve obligada a enfrentar, se ha rendido un respetuoso y emocionado tributo de admiración y de respeto ante el fallecimiento del eminente hombre de letras que desaparece con el fallecimiento de don Domingo Melfi.

En todos los artículos que se escribieron como editoriales de cada diario se refleja el hondo sentimiento de pesar que ha causado el prematuro fallecimiento del señor Melfi, cuando todo hacía esperar de su fino y rico espíritu los más sazonados frutos. Esos artículos reflejan además el concepto que se tenía de sus prendas de carácter, de su simpatía, de su cordialidad estimuladora, de su caballerosidad jamás desmentida.

Esta revista que contó a Domingo Melfi entre sus más valiosos colaboradores y a la cual dirigió después con raro y exquisito acierto, durante quince años cumple con el elevado deber de consignar en sus páginas la expresión unánime de hondo y admirativo aprecio que el señor Melfi, supo conquistarse en todos los círculos de sus actividades y en el medio social que le tocó actuar.

La prensa nacional al tributar este homenaje a Melfi ha dado pruebas de que ante un espíritu superior cesan las diferencias, para enaltecer y dar todo su relieve a la memoria de un hombre que supo cumplir con su misión en la vida.

## DON DOMINGO MELFI

«LA NACIÓN»

El señor Domingo Melfi Demarco, que desempeñó hasta ayer las funciones de Director de este diario, ha fallecido a causa de una implacable dolencia que fué doblegando sin tregua su vigoroso organismo.

Su deceso enluta a esta Casa, en la que, primero su pluma privilegiada, y después su talento y extraordinarias condiciones humanas, le otorgaron un legítimo sitio de distinción y un afecto unánime entre todos sus compañeros de labores.

Desde sus primeros años de juventud sintió el impulso y los apasionamientos del genuino cultivador del arte literario. Poseedor de una amplia cultura y de un estilo limpio y elegante, sus escritos fueron pronto adquiriendo relieve y resonancia, hasta llegar a convertirlo en uno de los más reputados ensayistas nacionales. Se aficionó también a la crítica literaria, y en este aspecto de sus actividades dió siempre ejemplo de elevación de propósitos, puso de manifiesto la cristalina bondad de su espíritu y se impuso a la consideración general por la exactitud y nobleza de sus juicios.

Había ya alumbrado en Chile una época de profundas renovaciones sociales, y esta gestación de nuevos caminos, más generosos para las clases humildes, despertó en el señor Melfi las ansias desinteresadas e idealistas de cooperar al triunfo de las nuevas ideas de justicia social. Se alistó así en las filas del afiebrado y vibrante trabajo periodístico, y como redactor

de algunos órganos de publicidad en Talca y Concepción, comenzó su carrera en la prensa, que ha culminado al frente de la Dirección de este diario.

Adquirió pasión por los problemas públicos, en especial por los relacionados con el mejoramiento económico y social de la colectividad, y fué un elevado defensor de los derechos de los desposeídos de la fortuna. Pero, así como en sus obras literarias, en el periodismo cuidó de usar siempre el arma de la gentileza y de la caballerosidad, sin descender jamás al ataque rudo ni personalista. Más que de decir las cosas, gustaba de insinuarlas levemente, con el gesto elegante de un gran señor, sin herir reputaciones y sin dejarse llevar por ningún género de apasionamientos u odiosidades. Por eso, lo circundó siempre el respeto general, y sus propios adversarios no han aguardado esta hora de su doloroso desaparecimiento para reconocer en él a uno de los más ejemplares y elevados periodistas del país.

El señor Melfi deja, asimismo, una enseñanza con el transcurso de su vida privada, toda ella bordada de cariños sinceros hacia su familia y hacia sus innumerables amigos, sin que jamás dejara incumplidos sus deberes de hijo, esposo y padre.

Es un alto valor nacional el que desaparece cuando aún podían esperarse de él muchísimas obras que habrían enriquecido nuestro acervo literario y periodístico. Todos los de esta Casa nos inclinamos con profunda emoción ante sus restos, y su espíritu, alto, limpio, caballeroso, habrá de perpetuarse entre nosotros y seguirá presidiendo nuestros diarios afanes.

«EL IMPARCIAL»

Ha muerto un caballero del periodismo. Porque, indudablemente, en la personalidad de Melfi se daban con generosidad, todas esas cualidades que le hacían merecedor a ocupar un sitio sobresaliente en esa jerarquía de diaristas, lugar al que no se puede llegar por ambiciones personales o por los peldaños de



un renombre conquistado a fuerza de satisfacer los intereses de círculo, sino cuando se ha hecho de la ética periodística una norma invariable de conducta, ante la cual quedaron postergadas las pretensiones mezquinas y los afanes de grupos.

Domingo Melfi, el periodista que volcó sus primeras inquietudes espirituales en el diario «La Mañana» de Talca, había informado su acción profesional en ese marco estricto, pero no estrecho, cuando se quiere hacer diarismo honrado, que orienta a la opinión pública y no fomenta subalternos instintos. Por eso, el director que fué de «La Nación» hasta esta madrugada, era respetado, aun por sus adversarios de todas las horas, porque se le sabía un hombre bien intencionado y siempre activo en la permanente defensa de los intereses colectivos. De ahí, entonces, que la noticia de su muerte haya tenido honda repercusión en los círculos periodísticos, literarios y políticos, de Santiago y del país.

Nosotros, ubicados en una trinchera de combate que se nutre con la savia de ideales que acaso no fueron los de Melfi, sentimos la pérdida de este reputado periodista como si fuera la propia, pues más allá de las querellas partidistas, más allá de las distintas y antagónicas interpretaciones de los sucesos, y más allá de la distancia, a veces tan vasta, que nos separaba en la evaluación de los problemas públicos, está la personalidad de un periodista que en todo momento supo ser digno por su condición de tal y consecuente con sus principios. «El Imparcial» no olvida el rasgo noble de Melfi, cuando enfermo él, en su lecho, y nosotros celebrando el vigésimo aniversario de vida, supo inspirar a los redactores de «La Nación» un artículo en el cual se elogiaba nuestra labor y la significación ante la opinión pública.

Pero, no sólo el periodismo pierde con él a uno de sus más brillantes personeros. La intelectualidad chilena también sabe que con Melfi se va uno de sus más sobresalientes valores: un escritor que tenía un sitio de primera fila en la literatura na-

cional. Días antes de morir había entregado a la estampa su última obra, «Tiempos de Tormenta», que es el último recado que nos deja su fecunda inquietud intelectual.

Su estilo, ágil como correspondía a un diarista de combativa extracción y mesurado por la nobleza de los sentimientos de quien lo sugería, era el sello inconfundible de su obra, que será recordada siempre, pues el nombre de Domingo Melfi estaba definitivamente ubicado en la avanzada del periodismo y de la literatura chilenos.

Al inclinarnos, emocionados, ante su memoria, queremos expresar a todos los suyos y a «La Nación», la expresión de nuestro más profundo pesar.

«EL DIARIO ILUSTRADO»

Domingo Melfi ha muerto como un soldado del espíritu, con la pluma en la mano; su fallecimiento coincide con la publicación de su libro «Tiempos de tormenta», que ayer mismo, horas después de su partida, fué distribuído en las librerías de Santiago...

\* \* \*

Más de una vez fuimos quizás bravos y hasta agresivos para referirnos a determinados momentos de su labor de diarista. Se interrumpía entonces la ya vieja amistad... Duras obligaciones del oficio inspiraban nuestra conducta: luchas preteritas, que ya hemos olvidado. Nada nos impide ahora, en el doloroso instante supremo, inclinarnos ante su tumba y reconocer la sinceridad y el desinterés con que el adversario defendió siempre sus convicciones. El combate político, con su tremendo desgaste de energías y sus injusticias, no era seguramente el campo de sus preferencias.

Al escribir estas líneas, algunos recuerdos de cierto lejano ayer surgen inevitablemente en nuestra memoria. Existía aún el viejo edificio de la Casa Francesa, de la calle de Huérfanos, y frente a las vitrinas de la Librería—ocultando a veces los volúmenes a los ojos del público—se reunía un grupo de escritores cerca del meridiano. Alguien dijo, con sorna, que aquella era la esquina de los «intelectuales». En realidad, eran hombres soñadores los que allí se congregaban tácitamente, sin aviso previo, para hablar de libros y autores y comentar algunos problemas de actualidad. Las divergencias políticas, que existían sin duda entre unos y otros, nunca rompieron la buena armonía del conjunto. Pocas mañanas dejó Domingo Melfi de aparecer por allí. Creemos verlo aún con un libro bajo el brazo, ligeramente desordenada la discreta melena, claros y vivos los ojos, cordial el ademán, sonrientes los labios en su expresión algo desdeñosa. La risa franca del hombre que ya no existe, parecía, a ratos, como una vibrante clarinada de salud. Y ha sido el primero que de aquel grupo, hoy casi disuelto, ha emprendido el viaje sin retorno...

\* \* \*

De la provincia a la capital, fué el itinerario de sus actividades intelectuales. El director de «La Nación», de origen italiano, había nacido en la tierra de sus progenitores y pasó su juventud en la provincia chilena de Talca, que tiene su tradición literaria.

Domingo Melfi era un escritor, un ensayista que desembocó al fin, por urgencia económicas de la vida, en las columnas de la prensa. Le agradaba mirar las cosas y los hombres con amplitud y serenidad y solía captarlos en visiones sintéticas e interpretativas. Grandes figuras de nuestra historia fueron amablemente analizadas por su pluma: Portales, Lastarria. De los fenómenos literarios pasaba sin esfuerzo al estudio de los fenó-



menos sociales, y acaso se complacía en esta tarea... En el fondo, la realidad de este país—más complejo de lo que parece—y sus inevitables transformaciones constituían el tema medular de sus mejores páginas. Observador certero, la evocación no era discutible y estuvo siempre enaltecida por la elegancia y fluidez de su estilo. No podría decirse lo mismo de todas sus conclusiones. Es posible que los acontecimientos del pasado los contemplara el escritor fuera de su época, con ese curioso y especial anacronismo—démosle este nombre—que distingue a los hombres y escritores de pensamiento avanzado. A lo largo de su destino, que sería relativamente breve, el ensayista político no logró desprenderse de ciertas ideas preconcebidas. Sería absurdo pensar que, por eso, su obra literaria no ha de vivir. Refleja ella el pensamiento de los hombres que, venidos de ambientes más tranquilos, han enjuiciado acaso demasiado severamente la época esplendorosa de la República, cuando las conquistas de la Guerra del Pacífico dieron a este país pobre la ilusión peligrosa de la riqueza...

\* \* \*

Toda empresa periodística es como una familia donde todo se comparte: cuando falta el jefe, surgen el desencanto y el desconcierto, comprendemos el dolor de los colegas que trabajan en «La Nación». Afrontan ellos horas de prueba.—M. V.

«LA HORA»

Nos faltan palabras adecuadas para escribir sobre la desaparición de Domingo Melfi o sobre su personalidad, ya que no podemos aún convencernos que Melfi haya dejado de ser, que su cerebro se haya paralizado, y que el que, hasta hace pocas horas, era aún un colega cordial, un intelectual de primera línea, un periodista admirable, haya dejado de ser algo vivo, para

transformarse sólo en un recuerdo. En una palabra, no podemos resignarnos a trasladar al paso al buen amigo que hasta ahora estaba anclado en plena actualidad y cuyo último libro comentamos el domingo pasado.

Si algún significado tuvo y tiene la frase «morir en la brecha» es el que podría darle Domingo Melfi al pròsista y polígrafo que ha muerto junto con la aparición del que fué su último libro. Era un libro suave y sereno como todos los suyos; un libro en el que pasado y presente se fundían en una armoniosa combinación e impregnado por una suave melancolía por las cosas ya idas, por la belleza de las instituciones desvanecidas. Por el dolor humano que dejan las cosas que se pulverizan y se alejan lentamente hacia el fondo del tiempo ya vivido y que de pronto parecen cortar toda ligazón con nosotros y entrar al mundo petrificado e inmóvil de la Historia.

Algo así es lo que nos sucede ahora con Melfi; pero la separación ha sido brusca. Melfi era uno de nuestros escritores de valor no solamente basado en lo realizado sino también en el porvenir. Ahora es solamente pasado. Una estatua más en un panteón.

Algún día se escribirá algo que hace una inmensa falta: una historia crítica, verdaderamente crítica, de nuestras letras. Crítica no significa censura sino conocimiento. En tal sentido lo tomamos: Esa historia hecha por medio del análisis científico dará a las cosas su verdadero valor; no se dejará deslumbrar por el brillo de obras que nos parecen capitales y directrices y que en realidad son solamente una resultante; y al mismo tiempo dará verdadera valorización a las obras que, sin haber logrado tanto brillo engañoso pero que tuvieron y tienen una gran influencia en la formación de la mentalidad y la cultura nacionales.

Entre esas obras descollará, sin duda, la de Domingo Melfi que en la crítica, en el ensayo, en el periodismo logró crear libros de valor que podemos llamar permanente. La his-



toria literaria de Chile no podrá saltar su nombre ni lo colocará así brevemente al lado de otros sino que deberá detenerse en él y formular juicios que seguramente serán, por ser justos, juicios halagüeños.

La muerte de Domingo Melfi es aún más sensible si consideramos la labor que él se había ya presupuestado para el futuro. La última vez que hablamos con él, estaba aún lleno de vida y vigor y nadie habría pensado que tendríamos que escribir estas líneas dedicadas a su recuerdo. Nos anunció que posiblemente abandonaría el periodismo para dedicarse a una obra más consistente de crítica literaria. Había aparecido hacía poco tiempo su penúltimo libro «Viaje literario» en el que el sólido comentario estaba engarzado en el sutil talento de un «chroniqueur» que lo asemejaba al que fué uno de sus formadores intelectuales: Remy de Gourmont. El supo hacer de algunas cosas intrascendentes, amables, curiosas, algo de importancia; hizo resaltar su valor relacionándolo con la lejanía, encajándolo con el panorama, emparentándolo en el devenir y por consiguiente dando a lo que tenía sólo una dimensión, las tres dimensiones de todo volumen.

Fuimos sus compañeros en un largo viaje al sur. De ese viaje salió uno de sus mejores libros sobre la tierra magallánica. Melfi era un temperamento armónico. Sus obras eran obras equilibradas y construídas. Pero no era la suya una proporción inmóvil y funeraria sino algo vivo. Lo demuestra el aprecio que logró conquistar no sólo entre sus contemporáneos y sus antecesores sino en el difícil elemento nuevo, lleno siempre como toda juventud de impulsos belicosos y anárquicos y de tendencias iconoclastas justas o injustas, eso no importa.

Melfi no estuvo entre las imágenes destruídas por esa juventud y no estuvo porque él no era una imagen o una efigie sino un valor vivo cuyas facetas se dirigían también al futuro.

Pero ¿por qué hablar sólo de su valor intelectual y literario? También perteneció a esta agotadora, inquieta, nerviosa y des-

tructora profesión nuestra en la que alcanzó el puesto máximo: el de Director. Es el suyo el ejemplo evidente que literato no se opone a periodista; que por el contrario en los temperamentos bien dotados ambos se complementan y se equilibran. Generalmente se opone la movilidad y la superficialidad del periodista al estatismo y a la profundidad del literato. Error. Ambas cualidades marchan perfectamente unidas y la prueba de ello fué Domingo Melfi.

Eso es lo que sentimos en este momento: ese fué que pone fin a una vida y que arranca de nuestro lado a un compañero para colocarlo en una zona de tranquilidad permanente, pero en la que ya no circula la vida y en la que toda labor es la ya terminada sin esperanzas de iniciar una nueva.

## EL ULTIMO VIAJE DE DOMINGO MELFI

por VOLODIA TEITELBOIM

«EL SIGLO»

Domingo Melfi, hombre profundo, cabal y silencioso, ha muerto. Cerró sus ojos a la suprema oscuridad demasiado pronto. Y su partida inquieta a quienes le conocieron y estimaron con una zozobra todavía más viva que la renovada angustia de la muerte. Traspasados de áspera desilusión meditan en la carne que se entrega, sombría, al sudario prematuramente, antes que el espíritu joven, rico y ansiosa haya granado en los frutos más bellos, sazonado y medulares. La lámpara se extingue en la hora llena de destino en que el hombre se siente repleto de un mensaje que decir, quiere sentarse a trabajar en él en pleno verano de la vida, buscó la propia luz de su alma y encuentra la sorprendente sombra eterna, Grande y trémulo corazón, espíritu intenso, que se detuvo a mitad de jornada, dejando un puñado de libros que son como un anticipo de su talento.

Libró batallas de rebeldía encendida contra el provincianismo incoloro y colonial. Desafió el «clan» y el «totem» de los abolengos amortajados. Hizo del diario del pueblo un canto de libertad y coraje. La jauría pacata lo mordió, demudada de ira ante un hombre que no estimaba sagrados y eternos sus prejuicios nobiliarios.

Un hilo rojo de pasión y hondura une a través de quince años su «Dictadura y Mansedumbre» y «Tiempos de Tormenta», libro que nace y sale a la calle, en un signo de permanencia, cuando el autor está ya más cerca de la muerte que de la existencia. Un novelista, un poeta, un pensador estaban siempre esperando en sí la ancha hora de recogerse al cuarto del escritor, a su jardín anterior, para florecer al soplo de una vasta conversación consigo mismo. A veces en «El Hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas» solía insinuarse el alba de un poema o de un drama. Pero la prisa del periodista es devorante. Y bocetaba un cuadro encantador, en cuyo centro ardía una llama fascinadora. O un ensayo que abría muchos caminos a la inteligencia y a la conciencia ciudadana. Esquemas brillantes de un hombre que clamaba en el desierto desesperadamente por tiempo, por tiempo para realizar lo que ansiaba, en toda su densa magnitud.

Y, sin embargo, la suya es una vida cumplida en grandeza, dignidad, seriedad en el pensamiento y en actos. Estaba al lado de su pueblo. Sufría por las pequeñeces ambientes. Soñaba en una alta política de principios, aunque tuviera el exterior de un escéptico, a quien el desencanto ha vuelto triste el rostro. Quien lea «El Viaje Literario», advertirá al escritor de vuelo y sensibilidad social, que vió en la aventura trágica y bohemia de tantos poetas malogrados las raíces inhóspitas de la miseria en una sociedad dura, culpable. Ruedan en las columnas volanderas de los periódicos artículos suyos que son flores antológicas y aguardan la mano justiciera del compilador, arrancando al



trasiago del tiempo, cálidas páginas gemelas de «Dos Hombres» o «Pacífico-Atlántico».

Ahora partió en el viaje desconocido, en el retorno definitivo a la transformación eterna de la materia. ¡Buen Viaje! Es lo que cabe desear como último saludo a aquél que hizo siempre el viaje de la vida tratando de elevarla, transido de esplendor íntimo y enamorado perdido no de las estrellas celestiales, sino del corazón humano, de su capacidad de belleza y de creación bondadosa, austera, pero invariablemente apasionada.

No sólo hay luto en su hogar, en sus casas de cotidiana labor, «La Nación» y la Biblioteca Nacional y «Atenea», flama una bandera a media asta en el espíritu de la inteligencia chilena, en el alma maravillosa de los libros que escribió y de aquellos que no escribió y el sueño de la muerte dejó inéditos en su noble corazón sencillo y atribulado.

«EL MERCURIO»

Ha fallecido después de una penosa enfermedad el director de «La Nación», don Domingo Melfi Demarco, escritor y periodista muy conocido y realmente apreciado de sus compañeros de labores en los diversos círculos en que le cupo actuación. Nacido en Viggiano, Italia, en 1892, vecindado en Chile con sus padres desde la infancia, el señor Melfi hizo sus estudios de humanidades en el Liceo de Talca. Posteriormente se trasladó a Santiago a seguir la carrera de dentista, a la cual dió término brillantemente en 1914, presentando una memoria de prueba titulada «Valor del examen de los dientes en la identificación de cadáveres».

De regreso en Talca el señor Melfi ejerció por algún tiempo su profesión, pero fué interesándose progresivamente en el periodismo. Redactor de «La Mañana» y de «La Zona Central» y luego director de este diario y colaborador de «El Sur» y «El

Mercurio», su firma fué pronto conocida en las provincias del centro-sur. Desde allí también colaboró más de una vez, y por temporadas más o menos extensas, en las revistas literarias de Santiago, generalmente empleando el seudónimo Julián Sorell que había tomado de «Rojo y Negro» de Stendhal.

El distinguido periodista obtuvo su carta de ciudadano chileno, con lo cual se incorporó definitivamente a nuestro patrimonio espiritual.

Habiendo fijado su residencia en Santiago algunos años más tarde, el señor Melfi fué agente de la revista «Atenea», que publica la Universidad de Concepción, desde 1931, y luego redactor de «La Nación». En este último cargo permaneció hasta ser promovido a subdirector y a director más tarde. Le ha sorprendido la muerte cuando se encontraba en el ejercicio de la dirección de ese diario y cuando, joven todavía, era dable esperar de su talento más de un gallardo fruto en los campos periodístico y literario que fueron de su especialidad.

Fuera de los trabajos periodísticos, que absorbieron en los últimos años gran parte de sus horas, el señor Melfi se dejó tiempo para escribir algunas páginas literarias que están recogidas en volúmenes titulados «Dictadura y mansedumbre», «Portales», «Estudios de Literatura Chilena», «Viaje literario», etcétera.

En la interpretación de los hechos políticos y la vida literaria, deja el señor Melfi escritas páginas de antología cuyos juicios pueden o no ser compartidos, pero cuya dignidad estilística no puede ser discutida. Su fino don de arte le acompañó desde las primeras páginas escritas cuando, todavía un adolescente, ensayaba las condiciones privilegiadas de su sensibilidad y su talento, bajo la sabia dirección de sus maestros: don Enrique Molina y don Alejandro Venegas. Con la noble serenidad del primero, con agudo criticismo del segundo, edificó su vida interior hasta florecer y frutecer más tarde en estudios penetrantes, por la resplandeciente claridad del estilo y por la

profunda intención con que se internaba en la interpretación de la vida chilena y americana.

El afán periodístico de cada día acaso malogró en él, o disminuyó, al menos, la gracia elegante y pura de sus esenciales dotes de escritor. El ensayo filosófico, que parecía culminar como su camino definitivo, se perdió en el lírico alarde de la forma que alcanza, ya lo dijimos, perfección de antología en páginas que, seguramente, sus devotos amigos y admiradores salvarán del olvido.

La prensa chilena pierde a un esforzado luchador con la muerte del señor Melfi, que ha sido arrebatado prematuramente al cariño de los suyos por cruel y traicionera enfermedad.



## LOS FUNERALES DE DON DOMINGO MELFI

A una imponente ceremonia pública dieron lugar los funerales de don Domingo Melfi, representante de «Atenea» en Santiago. Después de una misa que fué oficiada en casa del extinto, por el señor Alejandro Vicuña, sacerdote y destacado escritor que ha colaborado en innumerables ocasiones en esta revista, y, a la cual asistió una numerosa concurrencia entre los que se contaban hombres de letras, periodistas, diplomáticos, etc., el cortejo partió en dirección a la Biblioteca Nacional, que tenía sus puertas entornada y en cuya puerta principal se agrupaban numerosos funcionarios de ese establecimiento que querían tributar el homenaje de su despedida al grande y buen amigo y compañero que partía a su viaje sin retorno.

En «La Nación» esperaban el cortejo todos los empleados de esa Empresa, el personal de redacción y los obreros que se alinearon en la calle en recogida actitud para decirle adiós a su Director y compañero de todos los días.

En el Cementerio General, hicieron uso de la palabra el Director subrogante de «La Nación» don Adolfo Fuentes Rojas, quien habló a nombre de ese diario; don Gabriel Amunátegui, por la Biblioteca Nacional; don Domingo Arturo Garfias por el personal de redactores de «La Nación»; don Augusto D'Halmar por sus amigos personales; don Luis Merino Reyes, en representación del Sindicato de Escritores de Chile y del Círculo de la Cultura Árabe, don Santiago del Campo, por el Pen Club de

Chile y don Misael Correa Pastene por la Sociedad de Impresores Camilo Henríquez. Un obrero de «La Nación» dió la nota más emocionada con su sencillo y emocionado discurso.

La Universidad de Concepción, que envió su ofrenda floral, fué representada por don Luis Durand, quien en nombre del Rector don Enrique Molina y por encargo especial suyo, manifestó a la familia del señor Melfi, la expresión de su profundo pesar.